

EL FUTURO DE LA IGLESIA Y DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA

Esquema de la ponencia de Fr. Camilo Maccise, OCD presidente de la
Unión de Superiores Generales

INTRODUCCION

- Importancia del tema en el umbral del año 2000

- Tomar conciencia de lo que somos para renovarnos y entrar en diálogo con el mundo - Para entender los desafíos para la Iglesia y para la vida religiosa en el futuro de América Latina hay que partir de una visión de los cambios socio-culturales y eclesiales.

I. LA REALIDAD SOCIAL Y ECLESIAL DE AMERICA LATINA: NUEVOS Matices y Desafíos

1) De Medellín a Santo Domingo (1968-1992)

- a. El grito profético de Medellín (1968)
- b. Puebla: "serena afirmación de Medellín" (1979)
- c. Santo Domingo (1992) en continuidad con Medellín y Puebla:
"Medellín la liberación,

Puebla la opción preferencial por los pobres, Santo Domingo la participación. Este podría ser el ritmo en continuidad: participación de todos los sujetos en la pastoral participación de la Iglesia y de todas las culturas" (F. Strazzari).

2) Los grandes desafíos latinoamericanos

a. Desafíos en la realidad social

Entre los grandes retos de la realidad social de América Latina podemos señalar los siguientes:

- 1) La acentuación de la injusticia en la globalización económica y de los medios de comunicación (DP 28; DSD 23);
- 2) La solidaridad como camino hacia la paz y el desarrollo (DSD 178-181; 157. 296);

3) La defensa de los valores y de la diversidad de las culturas (DSD 30. 243-245).

b. Desafíos en la realidad eclesial

- 1) La tensión de la unidad en el pluralismo;
- 2) La tensión de diversos proyectos para recuperar la identidad eclesial;
- 3) La tensión de los diversos "modelos" de Iglesia: "Sociedad perfecta", "Pueblo de Dios", "Sacramento del Reino", "iglesia de los pobres";
- 4) La opción preferencial por los pobres (DP 643);
- 5) El desafío de una nueva evangelización (DSD 26-30);
- 6) El desafío del regreso de la Biblia al pueblo (DSD 38);
- 7) El desafío de la Teología y de la Espiritualidad de la liberación (DSD 45);
- 8) El desafío del creciente protagonismo de los laicos (hombres y mujeres) en la evangelización (DSD 97-1 1 0).

II. EL FUTURO DE LA IGLESIA EN AMERICA LATINA

- Un acontecimiento eclesial importante que orienta al fruto de la Iglesia en América Latina ha sido el Sínodo **para América**, celebrado en 1997. En él se señalan las grandes líneas de una Iglesia evangelizadora para el Tercer Milenio.

- En el Sínodo se encontraron caminos convergentes: por primera vez se reunieron obispos de todo el continente americano: 111 eran de los 22 países de América Latina y el Caribe; 15 de los Estados Unidos y 10 de Canadá.

- El Sínodo concluyó en un clima de esperanza: crece la conciencia de ser un continente cristiano pero con la amenaza de perder su identidad; pluriétnico, de ahí la necesidad de respetar la diversidad de las etnias; con un agravarse de la pobreza de las mayorías que exige la solidaridad.

- El Sínodo creó un consenso que hizo posible el encuentro de caminos convergentes. Esto ayudó a tomar conciencia de los problemas globales: la relación conflictiva norte-sur, las amenazas de la globalización y de la ideología neoliberal, el peso de la deuda externa sobre los países pobres, problemas explosivos como el narcotráfico, la violencia, la corrupción, el armamentismo. Situaciones que afectan el conjunto de América como el empobrecimiento masivo y las migraciones.

- El consenso de una Iglesia de toda América hizo también tomar conciencia de realidades positivas: el hecho de ser un continente fundamentalmente cristiano,

de mayoría joven, con una tradición de solidaridad, donde lo religioso tiene una fuerte identidad cultural y una potencialidad liberadora. Se tomó conciencia de la urgencia de una nueva evangelización y de un renovado impulso misionero. También se generó un acuerdo sobre la necesidad de una comunión episcopal continental y de un compartir mutuo de recursos materiales, misioneros y pastorales del Norte al Sur y del Sur al Norte.

- Se tomó conciencia de los desafíos actuales de la Iglesia a nivel continental: la inculturación del evangelio, la evangelización urbana, la renovación de la parroquia y del ministerio presbiteral, el potencial evangelizador de los jóvenes, la multiplicación de los carismas y ministerios en los laicos, los nuevos movimientos apostólicos, el uso de los medios de comunicación, la renovación de la religiosidad popular y la apertura moderna hacia lo trascendente, la necesidad de responder a los nuevos movimientos religiosos y a las sectas.

- De manera especial se subrayó la importancia de tener presentes a los sectores más amenazados por el sistema de globalización de corte neoliberal: indígenas y afro-americanos, jóvenes expuestos al desempleo y a la droga. Se habló de la violencia, de la crisis de la familia, de los problemas ecológicos, de las amenazas a la vida humana y a la naturaleza.

Se reafirmaron los compromisos pastorales del postconcilio:

- opción por los pobres
- comunidades eclesiales de base
- participación de los laicos en la vida de la Iglesia
- la vida religiosa inserta
- una nueva espiritualidad
- el profetismo
- el testimonio abundante de mártires
- la lectura de la Biblia a partir de la realidad de los pobres

En el mensaje sinodal se habló de los gozos, las preocupaciones y los desafíos de la Iglesia que está en América. Allí se encuentran también, al igual que en las 76 Propositiones, las líneas orientadoras para la Iglesia del futuro en América Latina. Se trata de una Iglesia que se encuentra con Jesucristo vivo como camino para la conversión, para la comunión y para la solidaridad:

- a. Una Iglesia cada vez más comprometida con la nueva evangelización: evangelización con dimensión liberadora integral: Propositiones 2.3.8. Evangelización encarnada e inculturada: Propositiones 17-19.
- b. Una Iglesia animada por una espiritualidad como fuerza unificadora de la

evangelización: Proposición 28.

c. Una Iglesia de comunión en la que los laicos, hombres y mujeres, asumen un papel más activo y en la que los diversos carisma son respetados y potenciados: Proposiciones 11.47.53-56.

d. Una Iglesia que evangélica a todos desde los pobres: Proposición 73.

e. Una Iglesia que crece en comunión y solidaridad para testimoniar, anunciar e interpelar: Proposiciones 39-40. 43-44.

III. EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA

- La vida religiosa, como don del Espíritu a su Iglesia, posee una característica que la ha acompañado ordinariamente a lo largo de su historia: la capacidad de percibir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos y de tratar de responder a ellas con fidelidad creativa.
- Esto ha supuesto volver a las fuentes y a sus orígenes para releer el carisma y hacerlo transitar por caminos inéditos.
- En el eje de las transformaciones y de la renovación de la vida y del nuevo estilo evangelizador de los religiosos en América Latina está un acercamiento nuevo a la vida de las mayorías creyentes y oprimidas.
- Ha habido una evolución. Se pasó, poco a poco, de comunidades cerradas a comunidades abiertas al mundo y a comunidades insertas. Estas fueron la puerta de entrada a los desafíos sociales y eclesiales. Sirvieron de memoria de los orígenes de la vida religiosa. Se comenzó a entender mejor el sentido y los alcances de un seguimiento de Jesús expresado en el compromiso de los votos con dimensiones renovadas.
- El voto de pobreza solidaria con los hermanos pobres que lleva a compartir con ellos lo que uno es y tiene y a ponerlo al servicio de la justicia; la castidad consagrada como fidelidad a Cristo y a su misión, que impulsa a vivir fraternal y solidariamente con todos los hermanos, especialmente con los marginados; la obediencia como el asumir con responsabilidad de hijo y en discernimiento comunitario la misión y el proyecto de Jesús.
- En la vida comunitaria se volvió a descubrir la importancia de ser comunidad abierta a las demás comunidades eclesiales; comunidad sencilla y cercana a la vida y a la cultura del pueblo; comunidad profética que en realidades de división, odio y egoísmo, trata de testimoniar la nueva fraternidad de Jesús que reúne y

crea comunión en la diversidad.

- La experiencia de Dios, base y fundamento de la vida religiosa, comenzó a subrayar su presencia en nuestra historia. A Dios se le encuentra en los signos de vida y de esperanza y también en los de muerte. En los primeros por presencia, en los segundos por ausencia. Se fue comprendiendo mejor que toda auténtica experiencia de Dios cuestiona y compromete con el hermano y en la transformación de la sociedad en la línea del proyecto de Dios.

- Este nuevo estilo de vida religiosa ha ido llevando a asumir un nuevo método en la misión evangelizadora. Se ha vuelto a entender que hay que realizarla en permanente apertura a la realidad. Allí se percibe con fuerza el desafío de las relaciones entre fe y justicia que exigen un traba o evangelizador en conexión necesaria con la promoción humana, el desarrollo y la liberación (c.f. EN, 3 1), para testimoniar un evangelio como motor de transformación liberadora. El contacto con el pueblo ha presentado, por otra parte, el problema de la inculturación del Evangelio.

- Sin las comunidades insertas y su experiencia de vida no se puede ciertamente comprender la respuesta creciente de los religiosos de América Latina a la dinámica social y eclesial puesta en marcha por el Vaticano II, Medellín, Puebla y Santo Domingo. En mayor o menor medida han influido aun en los modelos más tradicionales de vida religiosa, en la toma de conciencia de la problemática actual y en los esfuerzos de responder a ello. Y esto especialmente en el campo de la evangelización, de la espiritualidad y de la formación.

- El compromiso evangelizador de los religiosos seguirá siendo con una evangelización liberadora. Aun en los apostolados tradicionales se ha comprendido y se seguirá entendiendo cada vez más que defender los derechos humanos y luchar por la justicia para construir una sociedad más cercana al proyecto del Reino de Dios es parte de la evangelización. Para el futuro se requerirán nuevos métodos evangelizadores más proféticos y testimoniales: ir al desierto, la periferia y la frontera, "todos por los pobres, muchos con los pobres y algunos como los pobres" (CIVCSVA, Vida fraterna en comunidad, 63).

- La vida religiosa en América Latina deberá ser cada vez más sensible a la inculturación. Ellos deberán continuar, en la línea de una primera tradición, acompañando y sirviendo al pueblo, revalorizando su cultura y respetando su idioma, sus tradiciones y sus costumbres; los valores de su religiosidad. También deberán ayudar a purificar las culturas de sus elementos negativos a la luz del evangelio.

- En el campo de las instituciones educativas están llamados a formar a través de una educación evangelizadora, humanizante y personalizante, integrada al progreso social y cultural. Se tratará de formar personas libres y liberadas, constructoras de la comunión y participación, con amor especial a los pobres y oprimidos y en permanente actitud de conversión de todo lo que significa pecado personal y social.

- En las instituciones de salud se requerirá, cada vez más, un concepto global de la salud, que supere el simple carecer de dolencias; que implique poder llevar una vida digna y un trabajo no aniquilante. Para ello se deberá trabajar por mejorar las condiciones sociales de la vida: vivienda, higiene, alimentación desde un compromiso con la defensa de la vida, luchando contra las causas de la falta de salud y favoreciendo servicios de prevención y de atención a través de iniciativas populares.

- En el campo de la evangelización los religiosos trabajarán cada vez más en comunión con los laicos, dando espacios a distintas formas de laicidad asociado que comparte el mismo carisma y la misma espiritualidad del Instituto (cf. VC 54-56).

- Como fundamento de toda la renovación de la vida religiosa deberá estar siempre una espiritualidad auténtica, renovada e inculturada. La espiritualidad de la vida religiosa tiene como punto de partida un carisma comunicado no por el Espíritu para seguir a Jesús en una consagración mediante los votos, vivida en comunión para la misión.

- La obediencia se vivirá cada vez más como una vivencia de fe en la apertura a los caminos de Dios buscados y descubiertos con la mediación del superior y de la comunidad. Será al mismo tiempo una autoridad como servicio y una libertad que tiene en cuenta el bien de los demás.

- La pobreza se relacionará especialmente con la esperanza, vivida en el desapego y en la solidaridad con el prójimo necesitado, en la experiencia de Dios como el único absoluto. Por medio del voto de pobreza se sentirán cada vez más comprometidos, desde una experiencia espiritual, a vivir una vida sencilla y sobria hecha de trabajo, desprendimiento y disponibilidad personal y comunitaria y a poner todo lo que son y lo que tienen al servicio de los más necesitados, en una comunión evangélica de los bienes espirituales y materiales.

- La castidad consagrada, junto con la vida fraterna en comunidad, serán cada vez

más expresión de amor cristiano. Ellas generan una fraternidad universal que expresa y manifiesta la fuerza de la resurrección de Jesús que convoca a la comunión fraterna.

- La espiritualidad del religioso en América Latina estará caracterizada, como de hecho en el resto del mundo, por una identificación con Jesucristo en un estilo alternativo de vida. Es Cristo quien deberá estar en el centro de su vida invitándolo a su seguimiento y a una conversión continua. vivida como actitud permanente de éxodo.

- Para ello deberá nutrir su vida con la escucha de la Palabra de Dios en la Escritura y en la vida, con la Eucaristía y la oración (cf. VC 93-95).

- Viviendo así podrá tener la actitud de la parresía evangélica: partiendo de una comunión con Cristo podrá anunciar las exigencias del Reino y denunciar todo lo que se opone a él, en un compromiso con la justicia y la paz, asumiendo los aspectos conflictivos y martiriales del testimonio cristiano, visto en la perspectiva del misterio pascual. Será un modo de ejercer el profetismo cristiano.

- Como María modelo también para la vida consagrada, vivirá abierto a Dios y cercano a las necesidades del prójimo. Abierto a Dios, escuchando su Palabra, creyendo en ella y poniendo en práctica sus exigencias. Cercano a las necesidades materiales y espirituales de sus hermanos y proclamando las maravillas de Dios en la historia.

- Con fidelidad dinámica y creativa releerá el carisma y la espiritualidad de su Instituto, regresando a las fuentes y, al mismo tiempo, enfrentando los desafíos de la historia (cf. VC 37).

Todo esto trae consigo, si queremos preparar el futuro, el desafío de una nueva formación inicial y permanente, "adaptada a las circunstancias peculiares y cambiantes de nuestra realidad." (DP 763). Hay que seguir formando en una conciencia crítica de la realidad, discernida a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia. Se deberá continuar la formación en conexión con la Iglesia local y con el pueblo sencillo procurando integrar los diversos aspectos de la vida consagrada: humano, cristiano-ecclesial, carismático-ministerial y social, desde una opción por los pobres. La experiencia de Dios, la vida comunitaria, la consagración y la misión encontrarán así un cauce unificador.

CONCLUSION

- El Espíritu guía la historia y tenemos que apoyar en El nuestra esperanza (Rom 5,3-5).

Para el futuro de la vida religiosa en América Latina la espiritualidad es absolutamente decisiva. "Es una exigencia absoluta del seguimiento de Jesús. Sociológicamente, está ahí la agitación mística de la clase media y de la población pobre...a demostrar claramente la urgencia de un horizonte espiritual en sociedades y culturas como las nuestras. Un cierto pluralismo, más allá de lo históricamente inevitable, es una necesidad. Ofrecerá a la VR mejores condiciones de expresión y penetración en todos los ambientes sociales. Lo que quiero resaltar es que en América Latina, esa espiritualidad pasa necesariamente por la Opción Preferencial y Evangélica por los pobres. Esa precisa tornarse cada vez más el gran criterio discernidor y amalgamador de todas formas de seguimiento de Jesús en la línea de la consagración. Los casi cien millones de pobres del Continente tienen derecho evangélico a exigir de la vida consagrada una entrega más plenamente encarnada de nuestro amor